

Momo hacía mucho tiempo que no se lo pasaba tan bien como aquella tarde. Aunque no había pivones, al menos con aquellas mujeres se podía hablar, y eso le extrañará porque nunca antes había encontrado en su camino chicas así de afables con el sexo contrario.

Al lado incluso de Miriam, la más fea de todas, su mujer le parecerá un cardo. Habrá una que le volverá loco, se llama Mónica, y por algo que él no llega a comprender, no puede dejar de mirarla.

Así, cada vez que ella proponga algo, no sólo él, sino montones de chicos, la seguirán entusiasmados.

Con la esperanza de verla, acudirá a las protestas cada tarde al salir de trabajar. De hecho dejará la oficina más pronto que nunca, buscando algo incierto, que no será otra cosa que un tipo de contacto con el sexo opuesto que desconocía hasta entonces. Pasadas unas semanas, incluso encontrará a su mujer menos exasperante, y dejará de verla como un mal necesario para comenzar a mirarla, escucharla y hablarle con delicadeza.

Su rostro le parecerá menos crispado, y durante un tiempo incluso dejará de ir a comprar a Zara, y dedicará menos tiempo a sus uñas, maquillaje y peinado.

Incluso él, que temía que si se descuidaba un poco parecería un monstruo, se da cuenta de que el estar más alegre y tranquila la embellece.

En la cama también se entenderán mejor.

El sexo será menos tenso, y hasta habrá un poco de ternura.

Meditando sobre la cuestión de las relaciones de pareja, ya que las suyas le parecían un verdadero suplicio, y sin tele ni trabajo podrían acabar en asesinato; se dará cuenta de que teniendo temas interesantes sobre los que discutir, como sucede en las asambleas, la voz de las mujeres no suena tan irritante.

Mercedes, al verlo también a él más contento que de costumbre, incluso le animará a participar en aquello que conoce a través de la pantalla del televisor, y que le gusta porque le parece como si se tratara de una nueva serie en la que su marido ha conseguido un pequeño papel.

Lo que no sabe es que él acosará aún más a las jovencitas que los árabes y africanos que también andan por allí pululando, como todos, esperando a ver si se regala algo, pues el sexo se ha vuelto la mercancía más cotizada del mundo.

Se tratará simplemente de la reacción lógica del cuerpo ante la primavera, aunque él se sentirá en el fondo avergonzado de su conducta, creyéndose un depravado.

Un día, leyendo un artículo escrito por Miriam en su propia revista feminista, averiguará que durante el mayo del 68 los jóvenes de todo el mundo occidental demandaban únicamente libertad sexual.

Pero jamás la obtendrán, ni a partir del 15 de mayo, ni en las primaveras subsiguientes a cada grave crisis económica; porque tal como se demostró en París, los jóvenes dejan pronto de serlo y, como él, prefieren permanecer junto a mujeres burguesas.

Tal como afirmará Miriam, el problema sexual por el cual Cohn-Bendit increpó al ministro de juventud y deporte desencadenando una revolución, tendrá que solucionarlo cada uno solito, porque incluso a dos la cosa estará difícil.

Y aquello le sugerirá un nuevo estencil en el que aparece en mayúsculas el lema “Revolución sexual” y una pareja besándose.

Pero todo aquello lo olvidará, se hará viejo y seguirá con su mujer.

Aunque una primavera, cuando sus hijas sean ya mayorcitas y empiecen a volverse hippies para no parecerse a la amargada de su madre, vendrán a casa con una amiguita muy mona y comprometida con la que charlará un rato, descubriendo que hacía muchísimo tiempo que no se lo pasaba tan bien como aquella tarde.